

SANTA FE, VIRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Fe nació en Agen, ciudad de la segunda Aquitania, aunque otros la estiman natural de la provincia de Portugal. Prevínola el cielo desde la cuna con sus dulces bendiciones; y añadiendo por ellas á la calificada nobleza de sus mayores el superior realce de haber sido una de aquellas ilustres vírgenes que vestida con la blanca estola de la pureza la lavó en la sangre del Cordero, servia su valerosa constancia para alentar á los fieles á que diesen testimonios públicos de su fe ante los tribunales de los gentiles. Educaron á Fe sus padres en la religion de Jesucristo, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del Evangelio, acreditó desde luego el nombre que la impusieron en la pila bautismal. Era en el cuerpo de una rara hermosura, pero sin comparacion mayor en el alma, condecorada en el candor de la pureza y en el adorno de todas las virtudes cristianas, y así aunque se hallaba jóven cuando padeció martirio, se dejó ver como una anciana venerable en la justificacion de su conducta.

Movieron en principios del siglo iv los emperadores Diocleciano y Maximiano una de las persecuciones mas sangrientas que padeció la Iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles: nombraron por gobernador ó presidente de la provincia de Tarragona á Daciano, uno de los monstruos mas fieros que vomitó el infierno para azote de los inocentes fieles; cuyas enormes crueldades dejaron á la posteridad la idea mas horrible que pudo concebirse de los hombres mas bárbaros é inhumanos. Pasó esta fiera de camino por Francia para establecerse en la capital de su departamento; y estando ya impaciente de no ejecutar cuanto antes los impíos designios de sus principales, quiso dar pruebas de su tirania en Agen. Supo que en aquella ciudad se distinguia Sta. Fe entre los discípulos de Jesucristo; y como su encargo principal era estinguir si pudiese todos los profesores de la religion cristiana, resolvió proceder contra la ilustre virgen. Mandó á sus ministros que la trajesen á su tribunal, y presentándose la Santa llena de una extraordinaria alegría, armandose con la señal de la cruz, pidió al Señor que la diese sabios razonamientos con que convencer á aquel tirano.

Comenzó Daciano el interrogatorio acostumbrado, preguntando á la insigne virgen por su nombre y religion, y respondió sin turbarse: *Yo me llamo Fe, y la religion que profeso es la de Jesucristo al que sirvo desde mi infancia, y á quien confieso*

ahora por Dios verdadero con toda la veneracion que me es posible. Disimuló por entonces el tirano el enojo que le causó semejante respuesta; pero pareciéndole que para persuadir á una doncella de aquel ánimo, tendria mas fuerza los buenos términos que la severidad, la dijo: *Toma mi consejo, noble virgen, para que puedas conservar tan extraordinaria hermosura en la mas florida juventud; deja la nueva religion de un hombre que fué crucificado por sus delitos, y sacrifica á la diosa Diana, que es la protectora de vuestro sexo; en cuyo caso yo te enriqueceré con grandes bienes.* Despreció Fe con generosidad las ofertas del tirano, y revestida de aquel valor que es propio de los héroes del cristianismo, le contestó: *Yo sé muy bien, que todos los dioses de los gentiles son demonios; ¿y sin embargo quieres que les ofrezca sacrificio?* No pudo sufrir Daciano una espresion tan injuriosa sin remontarse en un furor extraordinario, y queriendo castigar su osadía, la reconvino de esta suerte: *¿Como te atreves á decir, que son demonios nuestros dioses? una de dos, ú ofréceles sacrificios, ó disponte á padecer esquisitos tormentos.* No se acobardó la ilustre virgen con tan terrible amenaza; antes bien animada de un nuevo espíritu, segura del premio, y alentada con el ejemplo de los mártires (cuyos gloriosos triunfos leia de continuo) le hizo entender á Daciano, que su mayor dicha consistia en dar la vida por amor de Jesucristo. Una respuesta tan generosa apuró todo el sufrimiento de Daciano, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que la atormentasen, y por su mandado fué puesta sobre unas parrillas de hierro, y debajo mucha lumbre, en que echaban manteca y lardo para que levantándola con gran vehemencia, el tormento fuese mayor. Llenáronse de horror hasta los mismos gentiles al ver aquel lastimoso espectáculo, y como les constaba la inocencia de la Santa, comenzaron á clamar contra la injusticia de hacer padecer en aquel modo á una ilustre virgen de la primera nobleza, sin tener delito alguno. Y entonces tambien algunos de los presentes cuyos nombres se ignoran, vista la constancia y paciencia de la virgen, y oidas sus buenas razones, dejando la idolatría creyeron y alcanzaron la palma del martirio.

Padeciendo pues la Santa este tormento el bienaventurado san Caprasio, que habia huido de la persecucion del presidente, vió desde su escondite á la mártir, el cual levantando los ojos al cielo, rogó á Dios que diese victoria á su sirva en semejante conflicto, y postrado otra vez en el suelo pidió al Señor, le mostrase la virtud del cielo. No fué frustrado el Santo de su deseo, antes bien vió bajar del cielo una paloma blanca como la nieve, que

con el aire suave de sus alas apagaba la eficacia del fuego, y que vestida la insigne vírgen con una ropa blanca tambien como la nieve, se recreaba en la cama de hierro encendido como en un baño delicioso. Con esta vision entendió S. Caprasio, que la gloriosa santa Fe habia de gozar luego de la celestial morada; y haciendo oracion á nuestro Señor para que le diese perseverancia, y saliese con victoria del tirano, salió de su encerramiento con santa emulacion, de que aquella delicada doncella fuese para mas que era él siendo varon. Ofrecióse pues de su voluntad al tirano diciendo ser cristiano. Oido esto por el presidente, mandóle juntamente atormentar con la doncella, y despues de atormentado fué degollado con santa Fe y los bienaventurados S. Primo y Feliciano. Fué su martirio tal dia como hoy por los años 303. Los gentiles dejaron los venerables cadáveres en el lugar del suplicio: los recogieron los cristianos y les dieron sepultura con el mayor secreto, temiendo que la impiedad de los paganos ejecutase con ellos sus acostumbradas tiranías, á fin de que en lo sucesivo no tuviesen la veneracion correspondiente. Mas luego que cesó el furor de la persecucion, les trasladó Dulcidio obispo de Agen á la magnífica iglesia que erigió fuera de los muros de la ciudad á honra de nuestra Señora, llamada tambien Sta. Fe, donde Dios por medio de la dicha vírgen y de sus santos compañeros hizo milagros sin cuento. Pero pasados despues centenares de años los cuerpos de los gloriosísimos mártires S. Primo y S. Feliciano fueron llevados al monasterio de S. Pedro de Besalú, conforme se dirá, y en otros tiempos el de Sta. Fe fué traído al célebre monasterio de S. Cucufate del Vallés, del orden de S. Benito, donde antes de las revoluciones de 1835 era tenido con grande veneracion, y celebraban allí su fiesta con gran solemnidad, diciendo el abad misa pontifical, y además hacian de dicha Santa octavas solemnes.

SAN PRIMO Y SAN FELICIANO DE AGEN, MÁRTIRES.

Los bienaventurados S. Primo y S. Feliciano, cuya conmemoracion celebramos hoy, fueron franceses de nacion, y naturales de Agen ciudad importante en Gascuña. Durante la cruelísima persecucion que á principios del siglo iv movieron contra los cristianos los emperadores Diocleciano y Maximiano, vivian á la sazón los gloriosos mancebos Primo y Feliciano en la dicha ciudad de Agen, los cuales convertidos por la predicacion de S. Caprasio, estaban tan encendidos en el amor de Dios que deseaban padecer la muerte por su respeto. Con esta idea se fueron entrambos con

grande audacia y ánimo delante del presidente reprendiéndole su crueldad, y diciéndole: «Impío y cruel tirano, ¿no te afrentas de dar tantos tormentos, y tratar tan mal á los cristianos?» Respondióle Daciano: «Vosotros estais engañados siendo cristianos y apartándoos del servicio de nuestros dioses. — Nosotros no estamos engañados, le respondieron ellos, sino que Dios nos ha sacado del pozo del infierno, que es la idolatria, donde el demonio detiene las almas de los malos, y sabemos que no hay otro Dios sino el de los cristianos y que vuestros dioses son muertos, porque ni oyen, ni sienten.» Entonces el presidente encendido en cólera les mandó azotar con mimbres diciéndoles: «Si no sacrificais á los dioses, qué tanto habeis ofendido, yo os haré morir con diversos tormentos. — Nosotros adoramos al Señor que ha hecho el cielo y la tierra, le respondieron, y á tu ídolo es por demás, que no le adoraremos, aunque nos quites mil vidas.»

Entonces el tirano para alcanzar victoria de ellos los quiso llevar por otro camino tratándoles algunas veces con caricias y afabilidad, y otras con amenazas, pensando de esta suerte salir con su intento. Pero los invictos caballeros de Jesucristo de ninguna manera alojaron de su santo propósito. Viendo el presidente la constancia de los mártires, mandó con una voz furiosa llevarles al templo de los dioses, y que si no querian sacrificar, les quitasen por ello la vida. Lleváronles al sacrificio de los ídolos, pero ellos no solo no sacrificaron, sino que repitieron en alta voz que querian mas perder la vida por el martirio que no ofender al Señor. En resolucion viendo los gentiles que los Santos no querian hacer sacrificio á sus dioses como ellos deseaban, les llevaron á la plaza, donde fueron degollados, juntamente con su maestro S. Caprasio y la bienaventurada vírgen Sta. Fe; y sus santas almas fueron llevadas á la bienaventuranza eterna coronadas con corona de martirio.

En la vida que precede de la gloriosa mártir Sta. Fe hemos dicho ya como los sagrados cuerpos de estos santos mártires fueron recogidos de los cristianos y sepultados escondidamente; los cuales luego que cesó el furor de la persecucion trasladó Dulcidio obispo de Agen á la magnífica iglesia que él habia edificado á honra de nuestra Señora, llamada tambien Sta. Fe. Pasados de esta traslacion muchos años, quiso el Señor que por los de 970, reinando en Cataluña el conde de Barcelona Borrell, fuesen trasladados los sagrados cuerpos de S. Primo y Feliciano de la iglesia de la ciudad de Agen á la villa de Besalú é iglesia del monasterio de S. Pedro de la orden de S. Benito, donde Dios por ellos ha hecho y hace grandes milagros, los cuales por negligencia

cia no se han escrito. Tiénese por tradicion en la referida villa de Besalú, que cuando traian los cuerpos de estos mártires, y llegaron á la parroquia de Moyá, teniendo los que les traian mucha sed; se durmieron con ella, y despues despertando se hallaron milagrosamente á su lado con una fuente, la cual desde entonces se llama la fuente de S. Primo, en memoria de cuyo milagro se edificó despues una iglesia encima de esta fuente á invocacion de S. Primo y Feliciano, donde se acostumbra acudir cada año la tercera fiesta de Pascua en procesion, llevando los cuerpos de dichos Santos. Son estos bienaventurados mártires abogados contra muchas enfermedades, especialmente de la jaqueca, así es que en el día de su fiesta se acostumbra hacer ciertas coronas de flores, las cuales procura la gente muchísimo alcanzar por hallar en ellas notable y pronto remedio contra el dolor de cabeza. Tambien lo son contra la tempestad de piedra, y los que padecen de muelas hallan alivio tocando una que al efecto se guarda en un reliquiario. (*Domenec.*) (Véase la nota puesta al fin de la historia de los santos Primo y Feliciano de Roma, 9 de junio, pág. 148.)

La misa es en honor de S. Bruno, y la oracion la siguiente :

Suplicámoste, Señor, que de nuestros pecados, puesto seamos ayudados con la intercesion de tu confesor S. Bruno, que con nuestras graves culpas hemos ofendido á vuestra Majestad. Por nuestro Señor, etc. para que consigamos por sus méritos y oraciones el perdon

La Epístola es del capítulo 31 del Eclesiástico.

Dichoso el hombre que fué y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

El que así fuere probado y perfeccionado, conseguirá una gloria eterna. La tentacion sirve de prueba, y contribuye mucho para perfeccionar á una alma infiel. No se consume el oro con el

fuego, se purifica y se aquilata; ni los vientos mas impetuosos hacen titubear al sol, antes disipan los parelios, y llevan el navio al puerto con mayor velocidad, como el piloto sea vigilante en observarlos, y pronto á la maniobra. *Fiel es Dios, y no permitirá que seas tentado mas de lo que tus fuerzas puedan resistir; antes bien en la misma tentacion te suministrará medios con abundancia para que la puedas vencer.* No por cierto, Señor, ni vuestra sabiduría ni vuestra bondad permiten jamás que el enemigo nos tiende sobre aquello á que puede alcanzar nuestra resistencia. Siempre proporcionais vuestros auxilios á los esfuerzos de nuestros enemigos; y nunca somos vencidos sino por nuestra cobardía. Fiel es Dios en la misma tentacion, combatiendo en ella juntamente con nosotros; fiel es Dios despues de la tentacion, coronando nuestros triunfos; seámosle nosotros fieles por nuestra parte, peleando con constancia, y atribuyéndole despues toda la gloria. Fiel es Dios en la tentacion; mas para experimentar seguramente su fidelidad es menester no ser temerarios. Cuando voluntariamente nos esponemos á la tentacion, nosotros mismos somos los que nos tentamos; ¿y qué maravilla es que esperitemos entonces nuestra miseria? Ya está vencido el corazon antes de entrar en el combate; ¡y despues nos admiraremos de nuestras caidas! Sobre todo, la prudencia cristiana dicta que estemos mas alerta en aquellos pecados á que nos arrastra la costumbre, y á que nos lleva la inclinacion. Son unos enemigos que aunque hayamos sacudido su yugo, todavia pueden tener alguna inteligencia secreta en el corazon. *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso, dice el Sabio. Orad y velad, dice el Salvador del mundo, para no caer en la tentacion.* Si las almas mas inocentes, si los discípulos mas fervorosos viven siempre con temor, si deben orar y velar continuamente, ¿quién asegura á los cristianos imperfectos y tibios? Esas personas mundanas, que solo respiran alegría y diversion; esos religiosos menos observantes y poco mortificados; esas gentes divertidas y delicadas que pasan la vida en brazos de la ociosidad y del regalo, ¿estarán á cubierto de todos los peligros para que se consideren dispensadas de velar, de orar y de temer? *Quid tu soppore deprimeris?* ¿Cómo te dejas tú apoderar de esa modorra en medio de tanto peligro, y agitado de tan deshecha tempestad? No hay persona de virtud tan eminente que no deba estar temerosa de su salvacion. No hay religion tan santa, no hay lugar tan retirado, no hay desierto tan horroroso donde racionalmente pueda alguno dispensarse de estar en centinela para que no le coja de sorpresa el enemigo. ¿Hubo por ventura algun santo que

no hubiese temido el peligro aun en el ejercicio de la mas rigurosa penitencia? ¿pues en qué se funda nuestra seguridad?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á

la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Para salvarse es necesario por lo menos el espíritu de retiro.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no á todos llama Dios á la soledad: se necesita particular vocacion para vivir en un desierto. En medio de las ciudades mas populosas se vieron en todos tiempos grandes santos; pero el espíritu de recogimiento y de retiro en todos los estados es muy necesario para la salvacion. *Vivid siempre ceñidos, con las lámparas encendidas en las manos, é imitad á aquellos criados que están esperando á su amo cuando vuelva del festin para abrirle con prontitud luego que llame á la puerta.* Apágase la lámpara con el viento de la dissipacion; el que se ve en medio del tumulto quiere estar á sus anchuras. Si hay mucho ruido no se oye cuando llaman á la puerta; es necesario velar, y velar con quietud y con silencio. El corazon agitado y el espíritu dissipado con el estruendo de las pasiones y con la bulla del mundo no puede estar muy atento. No siempre es menester irse al desierto para arribar á una grande perfeccion, ni siempre se va á él precisamente por este fin. Muchas veces solo se busca la soledad como medio mas seguro para lograr la salvacion; solo se huye del mundo porque un verdadero cristiano conoce sin dificultad que no es fácil salvarse sin el recogimiento: *Velad y orad continuamente*, dice el Sal-

vador. Y en verdad que este oráculo no habla solo con los carujos; á todos los fieles se dirige. Ciertamente basta, por decirlo así, no mas que una tintura de nuestra religion; basta conocer los peligros á que está espuesta nuestra salvacion en esta vida para juzgar si será fácil, y aun en cierta manera si será posible salvarse uno sin entrár dentro de sí mismo, sin vigilancia y sin recogimiento. Todo es peligros en el mundo; en cada paso se tropieza con un riesgo; su aire es contagioso, los objetos tientan, los mas engañan, y en fin, vivimos en pais enemigo. Nuestro propio corazon es el primero que nos vende; nuestras pasiones son otros tantos enemigos que han jurado nuestra pérdida; ¿pues ahora creeremos de buena fe que un corazon entregado á todo género de objetos, que una alma dissipada, deramada enteramente hácia afuera nada tendrá que temer en medio de tantos enemigos, y que podrá vivir largo tiempo sin recibir alguna herida? Todo es lazos en el mundo; su espíritu nunca fué espíritu cristiano; sin vigilancia, sin atencion y sin recogimiento interior, ¿como será posible descubrir estos lazos? ¿Y se evitarán por ventura despues de haberlos descubierto, cuando ni los desiertos mas horrorosos, ni los yermos mas impenetrables dan siempre seguro asilo á la inocencia? Caidas y caidas muy funestas se han visto hasta en el mismo lugar santo, y bambalean alguna vez hasta las mas robustas columnas; ¿cuántas veces un huracan ha dado en tierra con ellas? Y en medio de eso unas gentes espuestas á todas las tempestades, sin preservativos contra el contagio, sin atencion á los peligros, sin apoyo contra los bambaleos; en una palabra, unas gentes del mundo, y tal vez unos religiosos inficionados con el espíritu del mundo, ¿se conservarán inocentes, resistirán los ímpetus de las pasiones, pretenderán salvarse sin vigilancia, sin oracion, sin recogimiento, sin espíritu de retiro? ¡Buen Dios, qué paradoja!

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuántas leyes hay que guardar, cuántos deberes que cumplir, cuántos miramientos que observar para desempeñar todas las obligaciones de la justicia. *Decet nos implere omnem justitiam.* (Matth. 3.) Toda condicion tiene sus leyes y todo estado sus reglas. ¡Cuántos preceptos obligatorios! ¡cuántas máximas de que nunca es posible dispensarse sin desagradar á Dios! Aunque estés metido en medio del mundo tienes obligacion de ser verdaderamente cristiano. ¿Abrazaste el estado religioso? pues has de vivir segun el espíritu de tu instituto; sin esto te condenarás miserablemente. ¿Pero se podrán desempe-

ñar todos estos deberes, satisfacerse todas estas obligaciones; se podrá vivir una vida regular y cristiana sin velar continuamente sobre sí mismos, sin una continua atención á estas mismas obligaciones? ¿Y se podrá tener esta atención, esta vigilancia sin el espíritu de recogimiento y de retiro? Este espíritu se puede muy bien perder aun en el silencio del claustro y en la soledad del desierto. ¿Conservarése, pues, con mucha facilidad entre el tumulto del mundo? ¡Cosa estraña! las gentes del mundo conciben el recogimiento interior y el espíritu de retiro como un género de fruto que solamente nace en la soledad ó en el terreno de los claustros religiosos. Es verdad que es ese, por decirlo así, su clima natural, y la tierra que le conserva mejor. ¿Pero se considerarán por eso desobligados los seglares que se desean salvar de este espíritu de retiro y de recogimiento? ¡Ah, Señor, y qué lastimoso espectáculo ver á unos hombres que creen el Evangelio, y verlos en una continua disipación! Siempre agitados, siempre derramados, y nunca recogidos dentro de sí mismos sino cuando están para salir de este mundo, cuando es preciso morir.

No permitais, Señor, que á mí me suceda esta desdicha. En vuestra gracia confío firmemente, determinado á vivir con este espíritu de recogimiento, tan necesario para conseguir la salvación.

JACULATORIAS. — Esto es hecho, ya ni mi corazón ni mi espíritu se abandonarán al bullicio del tumulto; propongo, Señor, pasar los días de mi vida entregado á la quietud y á la dulce soledad del interior recogimiento. (*Psalm. 54.*)

El hombre que es temeroso, ese es bienaventurado. (*Prov. 28.*)

PROPOSITOS.

1 No todos tienen vocación de solitarios; pero todo cristiano está obligado á velar y orar incesantemente para no caer en la tentación. Esta vigilancia y este espíritu de oración no se hallan con facilidad en la disipación y en el bullicio. Esos corazones siempre derramados hacia afuera; esos genios siempre vagueantes y siempre bulliciosos; esas almas enemigas de su propio sosiego, y continuamente agitadas en perpetuo movimiento, ¿serán muy vigilantes, estarán muy atentas al delicado y espinoso negocio de su eterna salvación? ¿hallanse en estado de prevenir todos los accidentes, de descubrir todos los lazos que arman á su inocencia los objetos, las pasiones, el tentador y el mundo entre

quien viven? Aun los que pasan sus días distantes de las ocasiones, no siempre lo están de los peligros, ni la mas horrorosa soledad es siempre asilo seguro. Los mayores santos vivieron siempre muy alerta contra tantos enemigos, por la mayor parte domésticos y familiares; ¿pues quién asegura á los que andan dentro del tumulto del mundo, y en una peligrosa disipación? Reconoce, en fin, el riesgo, y persuadido á la indispensable necesidad del recogimiento interior, toma desde hoy una vigorosa resolución de fomentar este espíritu dentro de tí mismo, convencido de que no es incompatible con tu estado, sea el que fuere.

2 Además del retiro á ocho días de ejercicios, que indispensablemente debes observar todos los años, y sin contar el de un día cada mes, que inviolablemente debes practicar, si te merece algun cuidado el zelo de tu propia salvación, nunca te dispies mucho en los negocios exteriores, y evita con el mayor desvelo todas las causas que descubras de esta excesiva disipación. Concurrencias numerosas demasiadamente frecuentadas, conversaciones inútiles y largas, pasatiempos que distraen, cuidados superfluos y ajenos de tu estado, visitas poco ó nada necesarias; destinar todas las tardes ó todas las noches un cuarto de hora para recogerse dentro de sí mismo, y visitar todos los días el santísimo Sacramento, son medios eficaces para tener el alma serena, sosegada y recogida.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN MARCOS, papa y confesor, en Roma en la vía Ardeana ó Ardeatina. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SERGIO Y BACO, nobles romanos, en la provincia llamada Augusta Eufresatesia (*Comagenes ó Azar, junto al río Eufrates*), en tiempo del emperador Maximiano; Baco fué azotado con nervios de buey hasta que despedazado todo su cuerpo espiró en este tormento confesando á Jesucristo. A Sergio despues de calzarle unas botas guarnecidas de escarpas, como permaneciese constante en la fe; le mandaron por fin degollar. El lugar donde está sepultado se llama de su nombre *Sergiopolis* (segun lo mandó el emperador Justiniano, por respeto á sus reliquias); y con motivo de los estraordinarios milagros que allí se obran, es honrado con gran concurso de cristianos. (Son santos titulares de una iglesia en Roma, que es título de diácono cardenal, la cual el papa Gregorio III reparó y acrecentó.)

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCELO Y APULEYO, en Roma; los cuales primero fueron discipulos de Simon Mago; despues viendo las mara-